

América Latina, una liebre muy esquivada

Waldo Ansaldi

Universidad de Buenos Aires

Director de la revista *e-l@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*²

¿Una, muchas o ninguna?

Las entusiastas animadoras del GESCAL me han pedido que escriba, a manera de prólogo de este libro, un breve texto sobre “líneas para estudiar e investigar América Latina”. He aceptado complacido la invitación: por latinoamericano y latinoamericanista y porque soy un entusiasta de este hermoso proyecto impulsado por muchachas y muchachos estudiantes de Colombia en Universidades argentinas, proyecto que conozco, comparto y apoyo desde su gestación en Córdoba. Dicho sea al pasar, tal vez no sea casual que esta apuesta haya comenzado en la misma Universidad en la cual se gestó la Reforma Universitaria, expresión pionera de latinoamericanismo estudiantil.

“Líneas para estudiar e investigar América Latina” es una expresión que expresa más problemas y dificultades que otra cosa. Porque al igual que lo social, para usar la metáfora de Fernand Braudel, América Latina es una liebre muy esquivada. Lo es desde el nombre mismo y, aunque pueda parecer paradójico, desde su propia existencia.

Dejo de lado, aquí, la cuestión del nombre (o los nombres). Me detengo un momento en otra, más crucial: la del ser. En efecto, en las décadas finales del siglo XX no faltaron los impugnadores de la existencia de América Latina y, por extensión, la de la posibilidad de su conocimiento. Como interrogante no era una novedad. De hecho, ya en 1945 el peruano Luís Alberto Sánchez utilizó la pregunta *¿Existe América Latina?* para titular un libro demostrativo de la respuesta afirmativa, pese a las profundas diferencias entre los países del colectivo así denominado, diferencias que Sánchez –autor, además, de una *Historia General de América*, en tres tomos, y de una *Historia comparada de literaturas americanas*, entre otros textos- no negaba, sino que, por el contrario, reconocía explícitamente. El suyo era, como dice el subtítulo, una *Historia espectral* de nuestra región que perseguía objetivos políticos y culturales desde una concepción dinámica de Latinoamérica para la cual, en contra de lo usual, prestaba más atención al futuro que al pasado. Casi setenta años después, es claro que muchas posiciones del autor se han tornado obsoletas, pero hay algo en el libro que sigue teniendo vigencia: las profundas discrepancias entre los distintos países no sólo no significan obstáculos para la unidad, sino que deben ser tomadas como contribuciones a fortalecerla, a despecho, incluso, de los intereses extranjeros en pugna por establecer su propia supremacía. Para Sánchez, nuestra región se construyó en la tensión entre dos fuerzas opuestas: la reivindicación agresiva de su unidad, de un lado, la indiscutible heterogeneidad de su realidad. Así, sostenía, el término América Latina se construyó (y construye, agrego) en la dialéctica (todavía hoy no resuelta, acoto) entre su control por (o su dependencia de, se diría más tarde) las potencias extranjeras y el sentir y actuar de nuestros pueblos (y a veces de sus gobiernos) como una unidad política antiimperialista. Luís Alberto Sánchez se refería, con esto último, al gran movimiento latinoamericano de solidaridad con la guerrilla nicaragüense

² Disponible en <http://iealc.sociales.uba.ar/publicaciones/e-latina/>

de César Augusto Sandino en su lucha contra la ocupación norteamericana entre 1926 y 1933-1934. Pero también podrían traerse a colación, más recientemente, procesos actualmente en curso.

La lúcida idea de Sánchez de poner América Latina una en el futuro y no en el pasado, fue retomada, dos décadas después, por el brasileño Darcy Ribeiro, quien sostenía que América Latina no era una entidad socio-cultural diferenciada y congruente, sino una vocación, una promesa. A su parecer, la región definía su identidad del hecho de ser el producto de un proceso común de formación en curso, que eventualmente podría conducir en el futuro “a un congresamiento de las naciones latinoamericanas en una entidad sociopolítica integrada”. En este punto, Sánchez y Ribeiro se diferenciaban de posiciones como, por ejemplo, las del argentino Manuel Ugarte, quien a comienzos del siglo XX bregaba por la unidad latinoamericana apelando a tres componentes que concebía como más favorables que contrarios a la unidad latinoamericana: el peso del pasado común, la identidad de la gesta independentista y la “latinidad”. Dos componentes pretéritos y uno discutible. Pero esta acotación no invalida la postura de Ugarte, sólo la remite a sumarla al *coeficiente histórico* de la unidad latinoamericana.

Poner el énfasis en el futuro –es decir, en el proyecto, en la vocación- no significaba ni para el peruano ni para el brasileño, desdeñar la historia. No sólo porque la condición de historiador del primero y de antropólogo del segundo les impelía a tenerla en cuenta, sino porque ambos asumieron responsabilidades políticas (más fuertemente en el caso de Sánchez). América Latina era percibida por ambos como no integrada aún, pero como integrable. Pensar en el futuro tampoco significaba para uno y otros (y sigue significando aún) escapar del presente. En rigor, como ha escrito el nicaragüense Carlos Tünnermann Bernheim (2007) “sólo apoyándonos en nuestro pasado, sin negarlo sea cual fuere, es que podremos construir nuestro futuro con los materiales del presente. Construirlo día a día, no simplemente esperarlo. Negar el pasado es como negarnos a nosotros mismos. Sin él dejamos de ser lo que realmente somos, sin llegar a ser tampoco algo distinto”.

Los impugnadores (cuando no los detractores) de la existencia de América Latina de fines del siglo XX apelaban a “razones” variadas para su posición. Para algunos, como acotamos con Verónica Giordano, “no puede hablarse de América Latina como una unidad por la diversidad y la heterogeneidad de los países que la componen, enfatizando la incidencia de las diferencias económicas, sociales, políticas, étnicas, culturales. Así, la heterogeneidad estructural de la región fue esgrimida como paradigma emblemático de la dificultad, si no imposibilidad, de considerar a América Latina como una totalidad, como una unidad de análisis válida.

“Otra línea de impugnación, en cambio, apuntaba, aún admitiendo la existencia de América Latina, a la imposibilidad de aprehenderla en su totalidad, tanto por la vastedad y complejidad del objeto cuanto por la imposibilidad de aprehender toda la vastísima bibliografía existente, incluso limitándose sólo a la reciente, cuyo volumen de producción, ha sido (y es), por cierto, exponencial. No consiste sólo en libros y artículos de revistas: se suman tesis, monografías y ponencias inéditas. Por añadidura, todo esto fue y es acompañado por el incremento de fuentes, archivos y repositorios” (Ansaldi y Giordano, 2012:23).

Los argumentos negativos se reforzaban “con la publicación de una mirada de estudios cada vez más especializados y circunscritos a una temática y una región específicas. (...) Las monografías especializadas fueron una reacción a las síntesis generalizadoras de las décadas anteriores, pero con el tiempo cayeron en el abismo del particularismo. (...) Las particularidades de cada nación nos demostraron las insuficiencias de las grandes generalizaciones. Pero de forma pendular, los estudios pormenorizados nos volvieron a poner

sobre la mesa las regularidades y las constantes de la historia continental” (Ansaldi, Caetano y Curzio, 2003:11-12).

No faltaron quienes no renunciaron a defender la existencia de América Latina o, al menos, su nombre, pero sus estudios se ciñeron a unos pocos países (a menudo tratados como capítulos separados), reduccionismo que no dejaba de tener un argumento no desdeñable (pero falaz): pocos países, seis a lo sumo (Argentina, Brasil, Colombia, México, Perú, Venezuela) tienen en conjunto las mayores superficie, población y economía, conjunto frente al cual el resto de los catorce países (quince, si se incluye a Puerto Rico) representan valores muy menores. En algún caso, puede verse la inclusión de Cuba, por razones que tienen que ver con la importancia política de la isla a partir de la Revolución.

En contraste, donde algunos, al terminar el siglo XX, no veían ninguna, o tan solo una (reducida), el francés Guy Martinière, de la Université de Grenoble, había encontrado, a fines de los años 1970, un plural al escribir una historia económica de *las Américas latinas*. Ninguna, una o muchas, vaya intrínquilis, si no galimatías.

Por mi parte, comparto con el venezolano Germán Carrera Damas (1999) lo que me decía en una entrevista varios años atrás: “la perspectiva de una totalidad latinoamericana hecha de unidad y diversidad, pero en la cual la unidad no debe ser un *a priori* ni la diversidad una causa de desconcierto”. Me cuento entre quienes nos reivindicamos como latinoamericanistas (estudiosos que toman a América Latina como objeto de investigación) y como latinoamericanos (América Latina como “comunidad imaginada”, ámbito de pertenencia y territorio de hombres y mujeres en lucha contra esa violencia y ese dolor “desmesurados de nuestra historia” y que no son más que el triste “resultado de injusticias seculares y amarguras sin cuento”, para repetir las palabras de Gabriel García Márquez). También, como escribimos con Verónica Giordano: “Defendemos la necesidad de contar con grandes síntesis explicativas, asumiendo todos los riesgos que, sin duda, tienen las generalizaciones. Asumimos, también, que para hacer esas grandes síntesis se necesitan estudios particulares, pero estudios particulares -sean de ‘historia local’, ‘historia regional’, ‘historia popular’, ‘historia de género’, entre tantas de la fragmentación disciplinaria- que no sean concebidos aislados del contexto en el cual se han producido o se producen los acontecimientos o procesos investigados (...) No ignoramos las dificultades de una opción de esta índole, pero ratificamos, y nos afirmamos en, la postura de hacernos cargo de la doble tensión, ineludible, entre teoría -una abstracción- y evidencia histórica -verificación empírica mediante-, entre la generalización a escala regional (necesidad de la teoría) y la atención a la riqueza y los matices de las situaciones particulares, sean nacionales o subregionales.

“Dicho explícitamente: defendemos la posición de pensar, comprender y explicar América Latina como una totalidad. Pero totalidad no es igual a homogeneidad ni a generalización abusiva. Creemos, como dijo o escribió alguna vez Sergio Bagú, que América Latina es una realidad compuesta de muchas diversidades. Esas diversidades, añadimos, deben ser, justamente, explicadas como partes de la totalidad que las engloba” (Ansaldi y Giordano, *op. Cit.*, 24-25).

Sintéticamente dicho, entonces: América Latina existe al mismo tiempo como vocación, como proyecto, como realidad, como objeto de conocimiento. Por tanto, es pasible de ser aprehendida. Ahora bien: ¿con qué conceptos y desde dónde aprehender América Latina?

¿Cómo aprehender América Latina?

La realidad de América Latina es, obviamente, realidad social y ella es, simultáneamente, nuestra condición de vida y la materia de nuestro trabajo como investigadores. Ese nexo es

particular de nuestro campo, el de las ciencias sociales, y nos diferencia de los investigadores de otras ciencias. El esfuerzo por conocer se basa en la premisa “de que lo cognoscible posee una organización”, requisito primero de toda ciencia. Esforzarse por conocer el conocimiento de lo social y lo social mismo es suponerles organizados. “Ni lo social es un azar, ni lo conocemos por azar”, decía el maestro Sergio Bagú (1973).

Para encarar esa tarea, es necesario contar con teoría, es decir, con conceptos y categorías analíticas para los análisis históricos. Nunca será demasiada la insistencia en que sin teoría no hay trabajo científico posible. Y, por supuesto, también con métodos y técnicas de investigación.

En este punto, nuestra posición es clara: la mejor manera de aprehender esa liebre esquiva que es América Latina es apelando a a) una hibridación de disciplinas y de *corpus* teóricos (proceso en el cual no debe confundirse hibridación con eclecticismo); b) una perspectiva estructural; c) la larga duración (o al menos la media); d) la comparación; e) el aventamiento del temor a la heterodoxia.

Hay que pensar América Latina desde América Latina. Esto no significa postular una teoría, unos conceptos y unas categorías propias de nuestra región y sólo válida para ella. Tampoco, la aplicación mecánica de las que se han elaborado en los países desarrollados. Ni la originalidad de la copia. De lo que se trata es de crear teoría a partir de la realidad. Ahora bien, América Latina es una región básicamente capitalista dependiente, fuertemente imbricada con los países desarrollados dentro de la economía-mundo, a cuya constitución viene contribuyendo desde los tiempos de la conquista y colonización por los europeos. Por tanto, las teorías, las categorías y los conceptos necesarios son los construidos para explicar el capitalismo, pero no para su aplicación mecánica, sino para su empleo mecanicista (es decir, forzado), sino adecuándolos a la realidad de Nuestra América. La mejor aptitud es la que postulaba Sergio Bagú: la del *derecho a la propia opinión, respetuosa de los antecedentes pero liberada de toda reverencia inhibitoria*.

No encuentro aquí mejor o distinta manera de la que Verónica y yo lo exponemos en nuestro libro. Es por eso que repito “que para aprehender a América Latina es necesario hacer una cuidadosa elección de los instrumentos teóricos metodológicos a utilizar. Puede plantearse en términos polares como los siguientes: las sociedades latinoamericanas son pasibles de ser analizadas con idénticas categorías que las otras sociedades occidentales, en tanto unas y otras son parte del mismo sistema capitalista; o bien, *contrario sensu*, ellas tienen una especificidad tal que hace necesario elaborar categorías también ellas específicas. Es igualmente posible presentar el problema desde un tercer punto de vista, el cual enfatiza la cuestión de la traductibilidad de las categorías analíticas y del lenguaje científico. Desde esta perspectiva, se apela a abstracciones que pueden devenir universales en tanto posean capacidad de expresar situaciones concretas particulares. En este último sentido, sostenemos que las sociedades latinoamericanas pueden estudiarse con igual utillaje teórico que el empleado para las sociedades del centro del sistema capitalista mundial, en tanto son, precisamente, parte de éste. No obstante, hay que notar que ambas sociedades se asemejan porque comparten la misma *lógica* de funcionamiento, a la vez que se diferencian por su *historia*. Estudiar las sociedades latinoamericanas con conceptos, categorías, teorías inicialmente elaboradas para las sociedades capitalistas desarrolladas, no debe entenderse como la búsqueda de la ratificación y ampliación empírica, ni mucho menos como el forzamiento de la historia para satisfacer la teoría. En este sentido, el análisis histórico-concreto de las sociedades latinoamericanas introduce cambios en el análisis lógico-constructivo, enriqueciendo la teoría. La situación de dependencia, la complejidad de las relaciones étnico-clasistas, las modalidades de las relaciones entre sociedad civil y Estado y de las propias formaciones de éste y de las naciones en América Latina, son, entre otros, ejemplos que abonan dicha

proposición. Así, por caso, no obstante su condición de capitalistas, las sociedades latinoamericanas no sólo se encuentran en un nivel menos desarrollado, sino que son dependientes. La situación de dependencia no es un dato trivial: en nuestras sociedades, las relaciones entre las clases sociales están limitadas y mediatizadas por las relaciones de dependencia; pero, a su vez, éstas no son algo dado sino una construcción histórica, por tanto, cambiante” (Ansaldi y Giordano, *Op. Cit.*: 27-28).

Después, en los abordajes específicos, puntuales, las opciones son varias: se puede tomar un país y analizar alguna problemática en particular (es lo que hacen Lorena Soler y Julieta Rostica al ocuparse de Paraguay y de Guatemala, respectivamente); o bien centrarse en una cuestión y analizarla en clave comparada (tal como realizan Verónica Giordano e Inés Nercesian respecto de los derechos civiles de la mujeres en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, una, y la lucha armada en Brasil Chile y Uruguay, la otra. Es lo que también hice al analizar las dictaduras del Cono Sur y las transiciones a la democracia), Una posibilidad más, de mayor envergadura, es tomar una cuestión y analizarla en la larga duración y a escala de toda la región, como hicimos Verónica Giordano y yo al ocuparnos de la conflictiva construcción del orden). Cito sólo opciones probadas, algunas entre las varias que venimos desarrollando en el ahora denominado Grupo de Estudios de Sociología Histórica de América Latina, que dirijo en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Por cierto, hay otras vías, otras perspectivas. Son diferentes de la nuestras y tan legítimas como ella. No creo en un ranking de superioridad / inferioridad. He elegido construir una opción por entenderla eficaz para el objetivo de aprehender la realidad y las realidades de América Latina, su carácter múltiple, diverso al tiempo que único. Pero respeto otras elecciones, convencido de que cuanto más cazadores hay, más posibilidad habrá para atrapar a liebre tan esquiva.

Me gusta repetirlo: la totalidad latinoamericana es unidad y diversidad, pero la unidad no es ni debe ser un *a priori*, ni la diversidad una causa de desconcierto y, en el límite, de negación.

Finalmente, en otro rango, no quiero cerrar este prólogo sin dejar de felicitar y de agradecer al Centro Cultural de la Cooperación por haber aceptado ser sede del GESCAL, demostrando estar por encima de miopías, mezquindades, y por pensar en clave latinoamericana y latinoamericanista, sin ser ésta el núcleo duro de sus actividades.

Referencias

Tünnermann Bernheim, Carlos., (2007), “América Latina: identidad y diversidad cultural. El aporte de las universidades al proceso integracionista”, en *Polis* [En línea], N° 18.

Ansaldi, Waldo., y Giordano, Verónica., (2012), *América Latina. La construcción del orden*, Ariel Buenos Aires.

Ansaldi, Waldo., Caetano, Gerardo., y Curzio, Leonardo., (2003), “Prólogo”, en Joan del Alcázar, Nuria Tabanera, Josep M. Santacreu y Antoni Marimon, *Historia contemporánea de América*, Universitat de València, València, Págs. 11-12.

Bagú, Sergio., (1973) *Tiempo, realidad social y conocimiento*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2ª edición.

Carrera Damas, Germán., (1999) “La conciencia criolla es el producto más auténtico y genuino de la relación de dominación en América Latina”. Entrevista de Waldo Ansaldi, en *Cuadernos del CISH*, N° 5, Centro de Estudios Socio-Históricos, La Plata, Primer semestre,

Cuadernos del GESCAL. Año 1, No 1, Agosto de 2013

Págs. 153-177. Reproducido en *e-l@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, [en línea], Vol. 2, n° 5, octubre-diciembre de 2003.